



LA LUNA SE TIÑÓ DE ROJO

Isabel Coma

La luna se tiñó de rojo



Primera edición: febrero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Isabel Coma

ISBN: 979-13-87612-62-7

ISBN digital: 979-13-87612-63-4

Depósito legal: M-4548-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia y, de modo especial, a la memoria de mi madre

Despójate del pasado como de una vieja túnica.
Entonemos los cantos que despiertan el porvenir.
Y corramos enlazados a cruzar el puente
que nos separa del mañana florido y encantado

RABINDRANATH TAGORE

Índice

Capítulo 1 Un extraño ruido	13
Capítulo 2 La fosa común.....	17
Capítulo 3 Huida nocturna.....	23
Capítulo 4 La ciudad de Byumba.....	29
Capítulo 5 Viaje a Kigali	35
Capítulo 6 Entrevista con el rector	41
Capítulo 7 Una premonición.....	49
Capítulo 8 La familia Martini	53
Capítulo 9 La línea telefónica.....	61
Capítulo 10 Crisis existencial.....	69
Capítulo 11 Actividades durante el encierro	77
Capítulo 12 Recuerdos de la infancia.....	83
Capítulo 13 La tormenta.....	91
Capítulo 14 Fotos de familia	99
Capítulo 15 Apenas hay comida	105
Capítulo 16 Llaman a la puerta	113
Capítulo 17 El nuevo escondite.....	119

Capítulo 18 La persecución llega al tejado	125
Capítulo 19 Buscando a la familia	131
Capítulo 20 Entre tíos y amigos	135
Capítulo 21 Encuentro con Pietro	141
Capítulo 22 Una desgracia inesperada	147
Capítulo 23 Una oferta de trabajo	155
Capítulo 24 El orfanato	163
Capítulo 25 Una clase junto al lago	169
Capítulo 26 Organizando el futuro	175
Epílogo	181
Anexo 1 Nota histórica sobre Paul Kagame	183
Anexo 2 Veinte años después del genocidio	189
Documentos consultados para escribir esta novela	191
Agradecimientos	195

Capítulo 1

Un extraño ruido

6 de abril de 1994, de 20:00 a 22:00 h

Cuando Chantal y sus padres están a punto de subir al autobús para regresar a Byumba, se oye un ruido ensordecedor que parece provenir del cielo. Pocos segundos después, se oye un segundo ruido muy similar. No se trata de un trueno ni de otro fenómeno conocido. Desde la estación de autobuses, mirando al cielo, no se detecta nada que lo haya podido provocar.

Se oyen comentarios de todo tipo: algunos dicen que ha podido chocar un meteorito contra la Tierra; otros opinan que tal vez se ha estrellado un avión, pero nadie sabe con certeza qué ha podido causar semejante estruendo.

El autobús abre sus puertas y los pasajeros van entrando hasta ocupar los cuarenta asientos. Desde las seis de la tarde, la oscuridad es total. Por fin entra el conductor con bastante retraso, quizá porque ha intentado averiguar la causa de aquel ruido. Arranca el autobús sin incidencias. Durante el viaje de vuelta, van quedando atrás las luces de Kigali, que muestran una ciudad edificada sobre colinas.

Al llegar al kilómetro diez de la carretera Kigali-Byumba, un control policial obliga al conductor a detener el vehículo. Aquello resulta extraño, ya que suelen avisar con tiempo cuando se colo-

ca una barricada. Además, solo se establece ese tipo de vigilancia cuando está previsto que un político importante viaje por la zona. Al conductor no le han avisado con antelación, pero es indudable que debe detenerse. Los pasajeros están preocupados; podría tener relación con aquel ruido tan fuerte que oyeron en Kigali. Uno de ellos se levanta y pregunta en voz alta:

—¿Se puede saber qué está pasando? ¿Por qué nos obligan a parar?

—Tengan paciencia, ahora lo sabremos —contesta el conductor mientras abre la puerta delantera.

Un policía sube al autobús, pide el documento de identidad a todos los viajeros y ordena a los doce de etnia tutsi que salgan del vehículo. Después, con un tono seco y cortante, le exige al conductor que regrese a Kigali con los restantes pasajeros.

—¿A qué se debe esto? —pregunta el chófer.

—Cumpló órdenes del Gobierno —responde el policía—. Acaban de decretar que se interrumpan todos los desplazamientos en el interior del país, empezando por los que salen de la capital. De momento, solo puedo decir que la decisión está relacionada con el estruendo que se oyó hace un rato en Kigali. Pronto nos informarán de lo que está sucediendo.

Los viajeros de las primeras filas son los únicos que escuchan esta breve conversación. Todos están asustados; parece que ha ocurrido algo muy grave.

Junto a la pareja habitual de policías hay cuatro hombres jóvenes y fuertes, de aspecto hutu, que están armados con machetes, hachas o cuchillos de cocina.

Los dos policías apuntan con su revólver a los tutsis que han salido del autobús y ahora están de pie a un lado de la carretera.

—¡Todos quietos! —avisa el mayor de los dos—. Si se mueven, disparamos.

Cuando el autobús inicia la marcha, los cuatro hombres fuertes, sin dar explicaciones, se lanzan contra cuatro de los viajeros que permanecen en el arcén. Utilizan sus armas para golpear con bru-

alidad la cabeza o el cuello de las víctimas, que caen al suelo sin poder defenderse.

—¡Están locos! ¡Nos van a matar! —gritan los que están de pie. El padre de Chantal es de los primeros en ser atacado.

—¡Nooo! —exclama cuando el hacha se acerca a su cabeza.

Chantal está lo bastante cerca para oír el crujido del cráneo al romperse y ver cómo su padre cae al suelo con la cabeza partida.

—¡Hay que quitarles las armas! —grita un pasajero, pidiendo a otros que le ayuden.

Pero los asesinos se lanzan con rapidez contra aquellos que pretenden desarmarlos y eso precipita su muerte.

Se oyen gritos desgarradores y peleas. Todos tratan de evitar los golpes, pero han sido cogidos por sorpresa. Las armas que usan, aunque muy rudimentarias, resultan eficaces. De hecho, ya las han utilizado en masacres anteriores con buenos resultados. Uno tras otro, los van matando a todos.

Cuando un hombre corta el cuello de su madre, Chantal se abraza a ella y cae al suelo bajo el peso del cadáver todavía caliente. La sangre brota con fuerza de la arteria recién cortada y va manchando de rojo la cabeza y la cara de Chantal.

«Han matado a las dos personas que más quiero en este mundo. Ojalá lo esté soñando; ojalá me despierte pronto de esta pesadilla», piensa mientras oye la siguiente conversación entre dos asesinos:

—Ya solo quedan tres tutsis en pie. ¡Hay que darse prisa en matarlos, antes de que tengamos que empezar con otros!

—Pues sujétame a ese tío tan alto mientras yo le corto el cuello.

Todavía tirada en el suelo, Chantal siente un dolor muy intenso cuando una bota con clavos pisa su mano izquierda. Está a punto de gritar y de retirarla; pero su instinto de supervivencia le permite contenerse y fingir que está muerta. Intuye que solo así conservará la vida, ya que a nadie lo matan dos veces. Su cuerpo está entero, y su corazón, desgarrado. La mano le duele terriblemente, pero ningún dolor físico puede compararse al de haber sido testigo del asesinato de sus padres. Preferiría que la hubieran asesinado a ella, pero no ha podido elegir.

—Hay que arrojar los cadáveres a la cuneta de enfrente —ordena un policía a los asesinos cuando han terminado la masacre.

—Los muertos pesan mucho —se queja uno de ellos—. ¿Pasa algo si los dejamos donde están?

—Tenemos orden de matar a todos los tutsis que pasen por el control. Este lado de la carretera debe estar despejado.

—De acuerdo —asiente uno de ellos—. Ahora vamos.

En pocos minutos unos cadáveres son arrastrados y otros arrojados a patadas a la cuneta. Chantal permite que arrastren su cuerpo como hacen con los demás. Mientras tanto, no se mueve, no respira, mantiene la boca y los ojos semiabiertos, no pestañea.

—A una mujer joven y guapa hay que violarla antes de matarla —comenta un hombre mientras otro arrastra su cuerpo.

—¡Si hubiese tenido tiempo, me habría dado el gusto, lo sabes de sobra! Pero esta noche tenemos demasiado trabajo —responde la voz más cercana.

Tiran a Chantal en la cuneta con los cadáveres después de darle una patada en las costillas que le produce intenso dolor.

Le echan encima varios cuerpos que la oprimen, pero la angustia le pesa mucho más que esos cadáveres. Durante casi una hora, permanece quieta en plena oscuridad, oliendo a sudor, sangre, vómitos, orina y excrementos. Desea morir, pero su corazón sigue latiendo, y su cabeza, pensando. Aunque no tiene heridas graves, apenas puede respirar y le falta fuerza para luchar. Sabe que es más cómodo no hacer nada hasta que llegue la muerte por asfixia.

«¿Merece la pena seguir viviendo?», se pregunta más de una vez mientras permanece allí. Ella prefiere morir, pero sigue respirando. Continúa viva, aunque respira cada vez con mayor dificultad. No tardará en morir si se queda quieta, esperando a que el aire se agote.

Capítulo 2

La fosa común

6 de abril de 1994, de 22:00 a 24:00 h

Mientras Chantal está tumbada entre los muertos, oye a los policías ordenar la detención de los vehículos que circulan por allí. De vez en cuando, se oyen gritos de nuevas matanzas, pero ninguna es tan numerosa como la sufrida por sus compañeros de viaje. Probablemente, han prohibido que salgan autobuses de Kigali; quizá el suyo fuera el último de aquel día. Poco a poco, va aumentando el peso de los cadáveres que la aplastan.

De pronto, escucha claramente estas palabras:

—A ese déjalo, imbécil; lo conozco y sé que es hutu. Te he dicho que solo tienes que matar a los tutsis. Fíjate en el documento de identidad, no en la pinta que tienen.

El ruido de motores deja de oírse cuando ha transcurrido más de una hora. Los asesinos, cansados del trabajo realizado, permanecen en silencio. Al menos no se oyen sus voces desde la cuneta.

Más tarde, vuelven a hablar entre ellos y se puede entender lo que dicen. Se nota que alguno ha estado escuchando las noticias en la radio.

—¡Qué fuerte, tío! Hay que tener agallas para matar así al presidente.

—¿Sabéis quién es el mandamás que nos ha dado la orden de estar aquí?

—Será el vicepresidente o quien haya tomado el mando. Siempre hay alguien que da órdenes cuando muere un presidente.

—Querrás decir cuando lo asesinan.

—¡Qué más da! El caso es que ha muerto. Acaban de decir que su avión hizo una maniobra antes de aterrizar. Un misil lanzado desde tierra impactó en una de las alas y otro en la cola durante esa maniobra. El avión ardió en el aire, se estrelló en el jardín del palacio presidencial y explotó al chocar con el suelo.

—Sí, el ruido lo oímos todos. Habría que estar muy sordo para no oírlo.

Tras un breve silencio, alguien pregunta:

—¿Se sabe cuántas personas viajaban en el avión?

—Han dicho que doce: los tres tripulantes eran franceses y entre los nueve pasajeros estaba nuestro presidente, el de Burundi y otros siete que aún no sabemos quiénes eran. Por lo visto, regresaban de una reunión de primeros ministros en Tanzania.

—¿Alguien sabe por qué debemos matar a los tutsis? —pregunta uno.

—Dicen que, mientras no se demuestre lo contrario, los culpables son ellos. Además de odiar al presidente, tienen un ejército que podría haber lanzado los misiles. El Gobierno pide a los hutus que matemos a todos los tutsis hasta que no quede vivo ni uno. Dicen que el patriotismo se demuestra matando al enemigo.

—¿Y si luego nos encierran en la cárcel?

—No tengas miedo; ya han dicho que no habrá juicios. Nunca los hay en una guerra cuando mueren los del bando contrario. Aseguran que se trata de un deber y que todos estamos obligados a cumplir las órdenes.

La conversación se detiene durante algunos minutos. Los policías invitan a los cuatro hombres a que suban al vehículo, donde pueden pasar el resto de la noche con más comodidad que sentados en el suelo. Cada vez hay menos tráfico por ese punto, pero tanto los policías como los asesinos deben continuar allí hasta que llegue el relevo de unos y otros a las ocho de la mañana.

Durante aquellos minutos de silencio, Chantal piensa en sus hermanos y en el dolor tan terrible que sufrirían si también muriese ella. Entonces, toma una decisión: luchará con todas sus fuerzas para sobrevivir. Sería más fácil esperar a la muerte allí, junto a sus padres, pero no quiere que sus hermanos sufran todavía más.

Tiene que salir de aquella especie de fosa común improvisada. Aprovecha los momentos de ruido, cuando los hombres hablan, para acercarse a la superficie. La cantidad de cadáveres que tiene encima ha ido aumentando con el paso del tiempo. Ignora cuántos son, pero, a juzgar por la presión que siente, deben de ser muchos; cada vez le resulta más costoso apartarlos. Se encuentra muy débil y le falta el aire para respirar. Además, el olor es nauseabundo. Salen líquidos y semilíquidos muy variados de los cadáveres que la rodean. Y el olor de esa terrible mezcla le produce ganas de vomitar, pero debe evitarlo. Los hombres que hay al otro lado de la carretera podrían oírla. Tiene la horrible sensación de que respira el mismo aire que expulsa por la boca; le falta oxígeno. Quizá sea demasiado tarde para abandonar la fosa.

De pronto, se da cuenta de que todo está en silencio. ¿Se habrá quedado sorda? Ya no se oyen voces ni pasos cercanos, pero no se atreve a moverse por temor a que los policías y los cuatro asesinos sigan allí. No sabe cuánto tiempo durará el control; supone que toda la noche, hasta que llegue el relevo al día siguiente. No se trata de la vigilancia habitual cuando pasa por allí un presidente, sino de una imposición del Gobierno para vengarse de los que considera que han derribado el avión. Chantal no se puede arriesgar a salir; si la descubren, la matarán como a los demás, pero tampoco puede continuar en ese sitio durante más tiempo. Si no escapa pronto, se arriesga a morir asfixiada.

Poco a poco, haciendo un esfuerzo sobrehumano, va retirando hacia los lados los cadáveres que la oprimen. Los líquidos que salen de los cuerpos allí arrojados le manchan la ropa y mojan su propio cuerpo. De vez en cuando, sus manos se agarran a colgajos escurridizos. Asume que se trata de fragmentos de cerebro, ya que

casí todos murieron al ser golpeados en la cabeza. Por fin, logra su objetivo, horas después de haber soportado un peso enorme bajo aquel amasijo de cuerpos. La noche está tan oscura, gracias a la luna nueva, que consigue abandonar la fosa sin ser vista por los hombres del puesto de vigilancia.

Ya en la superficie, aspira profundamente y llena sus pulmones del aire que tanto le ha faltado, pero el olor de los cadáveres sigue presente, incluso más que cuando estaba entre ellos. Y el de su propio cuerpo también. Quiere escapar cuanto antes, pero necesita recuperar fuerzas.

Lo primero que nota al pisar el suelo es que se ha quedado sin zapatos. No sabe cuándo ni dónde los ha perdido, pero no puede regresar a buscarlos. Camina rápidamente hasta alcanzar un baobab de tronco muy ancho y se acurruca detrás para no ser vista. Aunque la noche es oscura, siente la necesidad de esconderse. Desde allí, puede ver el coche de los policías al otro lado de la carretera. «Seguramente los hombres están dentro», piensa. Ellos podrían distinguir desde lejos el fondo blanco de su vestido estampado, aunque se ha ensuciado tanto que ya ha cambiado de color. Pronto oye una música lejana que sale de la radio; quizá por eso no la han oído salir de la cuneta.

Chantal se echa encima un echarpe de color oscuro que ha rescatado de la fosa común y se da cuenta de que hay restos orgánicos en él. Los sacude asqueada mientras siente la humedad de los líquidos mojando su piel y su ropa.

Los hombres continúan pendientes de la radio, lo que ella aprovecha para caminar muy despacio, procurando que no la oigan, en dirección a un sendero que conoce bien. El viento está a su favor porque ulula con fuerza e impide que los hombres de enfrente oigan el ruido de sus pisadas.

Sus pies descalzos se hunden en el terreno irregular y enseguida se da cuenta de que resulta imposible continuar caminando en estas condiciones. Por todas partes hay piedrecillas, ramas y espinas que se clavan en la planta de sus pies y le producen intenso dolor. No puede llegar a su casa andando.

Siente, además, un dolor muy agudo al respirar. Cada vez que coge aire nota como si le clavasen una aguja larga y afilada en la parte inferior del costado izquierdo, cerca de la cintura. Ahora que puede respirar hondo, nota esas punzadas con mayor intensidad. También le duele la mano izquierda, que está cada vez más hinchada. Quizá le hayan roto una costilla y algún hueso de la mano.

No se encuentra con fuerzas suficientes para volver a su casa andando, pero tampoco puede quedarse allí; antes o después la descubrirían. Necesita encontrar unos zapatos cómodos para poder caminar. Por fin, sacando fuerzas de flaqueza, regresa muy despacio al lugar del que ha salido y se prueba unos zapatos de mujer que parecen cómodos, de una talla parecida a la suya. Se los calza, se ata bien los cordones y, aunque le quedan un poco grandes, cree que podrá andar con ellos aunque le duela todo el cuerpo; aunque tenga el alma destrozada.

¿Será capaz de llegar andando hasta Byumba sin que la descubran?

Capítulo 3

Huida nocturna

Del 6 de abril a las 24:00 h al 8 de abril a las 05:45 h

Entre Kigali y Byumba hay una distancia de unos sesenta y cuatro kilómetros si se camina por senderos, pero el autobús ya ha recorrido diez por carretera. Chantal ha hecho senderismo por esa zona durante el día y ha tardado unas catorce horas en recorrer la distancia que separa una ciudad de otra. Ahora tiene por delante seis horas de oscuridad hasta que salga el sol a las seis de la mañana, pero debe caminar más despacio que otras veces; no solo por la falta de luz, sino también porque siente un intenso dolor en el costado izquierdo cuando respira. Y, cuanto más deprisa anda, más fuerte es el dolor.

Nunca ha caminado sola por esos senderos. Aunque su sentido de la orientación es bueno, teme perderse al recorrerlos en plena oscuridad. Avanza temblorosa, tratando de descubrir las irregularidades del camino antes de apoyar los pies en el suelo. Teme no ser capaz de ver los árboles frutales ni los arroyos que le permitirían alimentarse y saciar su sed. Pero es mejor aprovechar las horas de la noche; resulta demasiado peligroso que alguien la vea a la luz del día.

Cuando lleva unos minutos andando, deja de ver el control policial y de oír voces. Entonces, se da cuenta de lo mucho que le

tiemblan las manos; no sabe si es a causa del frío, del miedo o de ambas cosas a la vez. Su rostro está totalmente húmedo. La sangre, que ya se había secado, vuelve a manchar su ropa al mezclarse con las lágrimas y disolverse parcialmente en ellas.

Se ha quedado sin fuerzas y sin ganas de continuar caminando. Ha visto cómo asesinaban a sus padres, ha pasado horas sin apenas aire para respirar y está agotada por la tensión. Le duele todo el cuerpo; no puede seguir andando a ese ritmo. Tendrá que descansar cuando se aleje un poco más del control.

Se aparta del sendero para internarse en un bosque de irokos; son árboles muy grandes con raíces que despuntan a su alrededor por encima de la tierra. Se sienta entre las raíces de un iroko, dobla las rodillas y apoya la espalda en el tronco. El suelo, mullido por la hierba, es un buen sitio para descansar, pero está tan asustada que no consigue dormir. Sus ojos se abren solos; no los puede mantener cerrados. Al menos, le entra aire limpio en los pulmones y recupera el oxígeno que le había faltado durante aquellas horas que pasó entre los cadáveres.

Ya son casi las dos de la madrugada del día 7 de abril cuando retoma el viaje hacia su casa andando. A su vestido de flores, ahora mugriento, se han añadido las manchas de su propio sudor, que se mezclan con el polvo de la tierra. Además, la tela se engancha fácilmente en las zarzas del camino. Su sonrisa habitual ha desaparecido; ahora camina con el ceño fruncido y la boca entreabierta, como si aún no le entrase el aire necesario. Su cara continúa manchada con la sangre de su madre. A ratos, las lágrimas se deslizan por sus mejillas, pero no se esfuerza en contenerlas. Quizá el agua de esas lágrimas consiga lavar su cara.

Antes de que salga el sol a las seis de la mañana, pasa muy cerca de un árbol que parece un banano. ¡Qué raro! Nunca lo había visto en sus excursiones. Además, hace media hora que debía haber encontrado un arroyo, pero no ha visto ninguno. Tampoco ha oído el gorgoteo del agua, que suele hacer bastante ruido. ¿Se habrá confundido de sendero? No puede salir a la carretera para

comprobarlo. De pronto, oye un ruido escalofriante que se repite tres veces seguidas y aumenta su temblor. Entonces, recuerda lo que su padre dijo una vez sobre el canto nocturno de las lechuzas y piensa que podría ser eso. Pero no se tranquiliza, porque también advirtió que, si se repite tres veces, suele ser un presagio de muerte.

Ahora busca un sitio donde pararse a pensar. Siente hambre y sed, sobre todo sed. Ya falta muy poco para las seis de la mañana. Necesita un escondite donde pueda pasar las doce horas siguientes hasta que anochezca de nuevo. Encuentra una zona de arbustos con el suelo hundido entre ellos de forma desigual. Cuando se acerca para sentarse, observa que algo se desliza por la tierra. ¡Es una serpiente! Continúa caminando y, a poca distancia de esa zona, descubre una casa con un pequeño jardín rodeado de una cerca. Tampoco la reconoce. No se atreve a pedir ayuda sin saber quiénes viven allí dentro. De momento, decide esconderse detrás de la cerca, donde no puede ser vista por los que caminan alrededor.

A las ocho de la mañana sale de la casa un hombre muy alto. Se pone a regar el césped y poco después sale una mujer también alta. Tienen que ser tutsis. Chantal se levanta y se acerca mientras ellos entran y cierran la puerta. Ahora está segura de que son tutsis que se han asustado, pero pronto se darán cuenta de que ella también lo es. Cuando la ven de cerca, abren la puerta y la hacen pasar. Ella les resume su historia. No hay más que verla para comprobar que está contando la verdad.

Los dos la acogen con una sonrisa de simpatía y comprensión.

—Puedes pasar al cuarto de baño —le dice la mujer—. Seguro que querrás lavarte las manos y la cara antes de desayunar con nosotros.

Cuando llega Chantal a la cocina, la mujer le pregunta:

—¿Quieres café con leche o prefieres leche sola?

—Café con leche, por favor.

—¿Te calentamos un sándwich de jamón y queso como el nuestro?

—Sí. Estoy muerta de hambre. Muchísimas gracias.

—Tienes que comerte dos en vez de uno, y un par de aguacates de postre. Lo necesitas para llegar a Byumba.

Al terminar el desayuno, el marido le dibuja el plano de esa zona en un papel. La casa está bastante cerca del sendero que comunica Kigali con Byumba. Le resultará fácil encontrarlo.

—Muchas gracias, pero tengo que esperar hasta las seis de la tarde para reiniciar el camino durante la noche. Sería muy peligroso que me viesen.

—Te puedes quedar en nuestra casa hasta esa hora —le dice la mujer.

Entonces, sale de la cocina, entra en su habitación y vuelve con una bata.

—Puedes ducharte y usarla cuando salgas —le explica—. Después lavaré tu ropa y la pondré a secar al sol. Antes de las seis ya estará lista.

Chantal acepta todo lo que le ofrecen. Las lágrimas de dolor se unen a las de emoción por el afecto que recibe y se mezclan con el agua de la ducha, que va limpiando su cuerpo poco a poco.

Cuando sale del cuarto de baño, la mujer le dice:

—Puedes tumbarte en esta cama durante unas horas, almorzar con nosotros y descansar de nuevo hasta las seis.

Chantal nunca olvidará a este matrimonio que, sin conocerla, se compadeció de ella y sació su hambre y su sed, tanto de comida como de comprensión y cariño.

Poco después de las seis de la tarde, cuando ya ha oscurecido, se despide de ellos muy agradecida y reinicia el viaje nocturno. Gracias al plano que le han dibujado, logra encontrar el camino pese a la oscuridad. Quiere llegar a su casa y, al mismo tiempo, teme encontrarse con Eugene. Le horroriza tener que contarle lo ocurrido. Por otra parte, él estará preocupado por ella y por sus padres. Sin duda, sentirá alivio al verla. Debe afrontar el encuentro, aunque va a ser muy duro.

Llega a Byumba el día 8 de abril, poco antes de las seis de la mañana, con el corazón traspasado por el dolor. Después de haber

caminado muchas horas a oscuras, se siente agotada. Cuando por fin contempla las calles y los edificios tan conocidos, piensa con alivio: «¡Al fin en casa!», pero aún no ha llegado. Está tan cansada que no se siente con fuerzas para correr y alcanzar su destino antes de que amanezca. En su país, el sol sale durante todo el año a las seis de la mañana y se pone a las seis de la tarde; lo hace de forma súbita, como si fuera una bombilla gigante que se enciende al amanecer y se apaga al atardecer. El cambio de horario del sol entre las distintas estaciones es tan pequeño que apenas se nota, de modo que no es necesario cambiar la hora, como hacen muchos países alejados del ecuador.

Aunque todavía no ha amanecido, se puede adivinar que los bultos del suelo son cadáveres tirados por las aceras y las calles.

Dentro de unos minutos, saldrá el sol y ella podrá ser vista desde lejos. Mide un metro setenta y dos centímetros. No necesitan su documento de identidad para saber que es tutsi; la matarían si la viesen. Está rodeada de hutus responsables que se hacen cargo de sus deberes. Los tutsis están encerrados en sus casas; ninguno de ellos la puede socorrer.

El espectáculo que ofrece la ciudad la hiere como una puñalada. Pensaba que, después de lo ocurrido desde que salió de Kigali, estaría vacunada contra todo tipo de dolor y de angustia, pero se da cuenta de que todavía puede seguir sufriendo. Quizá es algo a lo que nadie se puede acostumbrar.

Capítulo 4

La ciudad de Byumba

8 de abril de 1994, de 05:45 a 24:00 h

A la entrada de la ciudad hay un edificio en construcción y varios contenedores de escombros alrededor. Cualquiera de ellos puede servir como escondite durante las horas de luz. Se acerca al primero, que tiene la tapa deformada, y, después de varios intentos, no consigue abrirla. Se acerca al segundo y lo destapa sin dificultad. Está prácticamente lleno de escombros y de basura; tiene que vaciarlo un poco para meterse dentro. Ya solo faltan diez minutos para las seis; si no lo hace rápido, la pueden descubrir. Saca unas bolsas de basura y las deja en el suelo; se sube al banco que hay junto al contenedor y salta dentro, justo antes de que salga el sol. No hay nadie cerca que la haya podido ver. Después de cerrar la tapa, se cubre totalmente con escombros y algo de basura. Esto le recuerda a su estancia en la fosa común; pero, en lugar de quitarse los cadáveres de encima, ahora se oculta por debajo de lo que hay dentro. Debe cubrirse totalmente para no ser vista si alguien abre la tapa.

Otra vez se siente envuelta en suciedad. En el nuevo escondite, no hay cadáveres malolientes, pero observa cucarachas asquerosas que salen de una bolsa de basura y, peor todavía, ratas que se mueven entre los escombros. Si estuviese en su casa habría gritado y se

habría subido a una mesa, como el día que apareció una rata corriendo por el suelo; pero ahora no puede hacerlo. La *vivienda* que está ocupando es de ratas y cucarachas. Es ella quien no tiene derecho a meterse en una *casa* que no es suya. Nadie la ha invitado a estar ahí, y, si un hutu la descubriese, solo respetaría a los animales.

Ahora el contenedor está totalmente lleno. Al menos no le echarán encima ladrillos ni tierra ni cemento. ¿Y si viniese alguien a vaciarlo? Sin duda, la mataría. Solo puede confiar en que esto no ocurra.

Dispone de doce horas hasta que se ponga el sol. Los escombros son duros y algunas aristas se le clavan en el cuerpo. Además, el olor es repugnante; sin duda, sale de la bolsa de basura que ha quedado debajo de ella. ¿Por qué la habrán echado allí? Hay unos recipientes distintos para los restos de materia orgánica, pero siempre hay alguien que echa la basura en los contenedores de escombros si están más cerca.

Faltan muchas horas para que pueda salir de esa cárcel que ha elegido para sí misma. Le cuesta creer lo que está sucediendo en su país, aunque lo haya visto con sus propios ojos. Quizá la masacre que sufrieron miles de tutsis entre los años 1959 y 1973 fue parecida a la que está ocurriendo ahora. A su padre no le gustaba hablar de las luchas que ha habido entre las dos etnias, pero tanto ella como sus hermanos saben que los tutsis tienen más dificultades que los hutus para acceder a la enseñanza. De hecho, tres de sus hermanos, siendo buenos estudiantes, no fueron admitidos en la Universidad de Kigali y tuvieron que ir a Butare, donde las trabas son menores. Al menos hasta hace dos días había sido así. Ahora la principal dificultad para los tutsis es sobrevivir.

Mientras estos pensamientos pasan por su mente, Chantal oye los gritos desgarradores de los que son asesinados en la calle; incluso se oyen gemidos infantiles. Se pregunta si los matan también a ellos o es que los niños lloran al ver cómo atacan y dan muerte a sus padres. Se estremece ante lo que está ocurriendo. Es evidente que se han propuesto eliminar a todos los tutsis y supone que los

asesinos dejan los cadáveres tirados en el suelo, en el mismo sitio donde han caído muertos. A veces hay personas que gritan durante largo tiempo. Da la impresión de que no fallecen al instante, sino que la agonía se prolonga durante horas, sin que nadie se atreva a calmar su dolor.

A las seis de la tarde, aunque ya es de noche, se siguen oyendo pasos y voces; todavía hay mucha gente por la calle. Prefiere permanecer escondida hasta que el silencio sea total. Es demasiado peligroso ser tutsi en un país donde los hutus se están organizando para matarlos a todos.

A las diez de la noche, Chantal levanta un poquito la cubierta y mira a su alrededor antes de salir. Al ver que se acerca un coche, la vuelve a cerrar. Espera a que pase, vuelve a abrirla y ahora ve una moto que todavía está bastante lejos y se acerca despacio. Cree que tendrá tiempo de salir, pero tiembla tanto que tropieza con un borde del cubo y se cae dentro. Vuelve a intentarlo a pesar de que la moto se acerca; calcula que le da tiempo. Esta vez consigue salir y esconderse detrás del cubo donde había estado tumbada. Después de unos segundos angustiosos, el conductor de la moto pasa de largo.

Una vez fuera de su escondite, pero no fuera de peligro, empieza a caminar despacio con la mirada puesta a su alrededor. Huye de toda sombra humana, sin atreverse a cruzar las calles; prefiere dar un rodeo enorme para evitar las plazas y los cruces algo iluminados; a esa hora, todavía queda alguna gente andando por la calle. En una ocasión, se da la vuelta para caminar en sentido contrario durante unos minutos. Así evita acercarse a dos jóvenes que parecen hutus.

Finalmente, llega a su casa a las once y cuarto de la noche. Sus manos tiemblan tanto que le cuesta introducir la llave en la cerradura del portal. La había escondido junto con la del piso, en un repliegue de la parte interior del cinturón, siguiendo un consejo que le dio su madre por si algún día perdiera el bolso. Esta vez el bolso se perdió en la matanza con lo que había dentro: el dinero, el

documento de identidad y la cartilla escolar. Los diplomas de sus premios, metidos en una carpeta, se quedaron en el autobús donde viajaba. «A estas horas estarán en la basura», piensa.

Una vez dentro del portal, sube las escaleras muy despacio y sin hacer ruido hasta el tercer piso. Hay vecinos hutus con los que se lleva bien, pero ya no puede fiarse de nadie. Ni siquiera del padre de Marie, la niña de tres años a quien ella entretenía con sus cuentos cuando tenía solo dos años más. El corazón le late muy rápido antes de abrir la puerta de su casa. Por las noches, su padre le daba una vuelta más a la llave y echaba el pestillo. «Lo normal es que Eugene esté en casa», piensa. Si el pestillo está echado, tendrá que llamar al timbre y los vecinos podrían oírla. De pronto, se da cuenta de que todos son hutus menos Alice, la madre de Marie. Aquello podría resultar peligroso.

Cuando introduce la llave en la cerradura y la gira, la puerta se abre sin dificultad: el pestillo no está echado. Las luces están apagadas, como es normal a esa hora; seguro que Eugene está durmiendo, pero al encender la luz observa que la puerta de su habitación está abierta, y su cama, vacía. No hay nadie en casa. Si Eugene no está en casa, ¿dónde está? Se resiste a pensar que lo han matado.

Hay otras posibilidades: quizá se ha quedado en casa de Joseph o de David, de los tíos o de algún amigo; también puede haber ido a la tienda de su padre y haberse quedado allí por miedo a salir. Cualquier posibilidad es mejor que la que viene una y otra vez a su mente. ¿Lo habrán matado?

Chantal está hambrienta y agotada por el esfuerzo. Su última comida fue el día 7 por la tarde, en aquella casa en medio del campo. Desde entonces, han pasado más de veinticuatro horas y ha caminado bastantes kilómetros; también lleva mucho tiempo sin dormir. Cena lo que encuentra en la nevera: *umutsima*, hecho a base de mandioca y maíz; *isombe*, elaborado con hojas de yuca, berenjenas y espinacas; y, de postre, un *mizuzu* delicioso de plátano frito. Sin duda, es lo que su madre había preparado para que comiesen los cuatro (sus padres, Eugene y ella) al día siguiente de su regreso a Byumba.

Después de la cena, se sienta a descansar un rato. Se duchará más tarde, antes de acostarse. Durante esos minutos, no puede dejar de preguntarse una y otra vez si habrán matado a Eugene. También se pregunta si estarán vivos los demás hermanos. No sabe nada de ellos. Eugene, el único que le podría contar algo, no está en casa y no ha dejado una nota para decir adónde ha ido. Son casi las doce de la noche: demasiado tarde para llamar por teléfono.

En aquella ocasión, alarga el tiempo de la ducha. El agua que cae sobre su cuerpo arrastra la tierra del contenedor, los restos de basura, los bichos... Por primera vez no le molesta que esté tan fría. Mientras se ducha, decide aplazar hasta el día siguiente la búsqueda de Eugene. A esa hora, todo el mundo está durmiendo; tampoco se siente con fuerzas para enterarse de una nueva desgracia. «Esperaré hasta mañana», decide.

Se acuesta confiando en el día siguiente. Quizá traiga para ella los abrazos que tanto añora de sus hermanos.

